

popular en aquel momento á todos los guerreros liberales, no podía menos de saltar por alguna parte la rivalidad, ese hado ineludible de la competencia, rezando lo mismo con los seres creados que con todos sus productos, y todos sus empeños, y todas sus obras. Así, ora fuese para destacarse del general, ora fuese para proveer por su cuenta y riesgo con desembarazo á todo, Kellermann escogió posición, un tanto separada del sitio por Dumouriez ocupado, escogió el molino de Valmy. A primera vista parecía un error gravísimo esta posición aislada, porque hacía inútil en absoluto la conjunción de los dos generales, no pudiendo unirse con Dumouriez por la derecha, porque lo impedían grandes marismas, donde hubiera quedado enterrada su gente hasta el cuello, no pudiendo unirse por la izquierda, porque lo impedían valles profundos, cuyo paso estaba marcado con el sello de lo imposible. No tenían más remedio aquellos soldados de Kellermann que vencer ó morir. Pudo el general en jefe reconvenir á su teniente por tamaña temeridad; mas Dumouriez no pensaba en otra cosa que en el triunfo, y, según crecían las olas de los obstáculos, crecían para superarlos con arte, los recursos de su genio militar. Así resolvió sostener á Kellermann, hiciera lo que hiciera su segundo. Los maquiavelismos antiguos del general en jefe; sus habilidades de zorro tan incompatibles con sus ferezas de león, en aquel momento desplegadas; los equívocos de pensar y de proceder, consustanciales en él, por lo menos consuetudinarios; las intrigas en lugar de las resoluciones; los vocablos de doble sentido usados en las alturas del gobierno; la perplejidad consiguiente á las ondulaciones de su voluntad, muy determinada por móviles contradictorios; todo lo que había en él de malo, y era mucho, desaparecía por completo al necesitar del heroísmo y tener que convertir los soldados en héroes. No consultó en aquella crisis creadora el diplomático intrigante y embustero á otro numen que á su patria; no sintió ningún otro propósito que aparecer entre los estruendos y fulminaciones de las batallas como un héroe de Plutarco; y si la fortuna le volvía la espalda y lo dejaba roto en aquellos desfiladeros de las Argonas, no tenía otro deseo sino morir como los mártires de Cristo: que tanto se transfigurara su naturaleza contradictoria, en guerra siempre consigo mismo, por aquellas montañas, donde había de salvar la integridad de Francia y la salud de su República.

Estuvieron sublimes lo mismo el intrigante cortesano, un día parecido á Figaro, Dumouriez, que aquel generalote de caballería, Kellermann, el cual en política no vió nunca más allá de sus narices. Fueron dos hermanos de armas que se identificaron, formando con su nación en aquella hora litúrgica una verdadera trinidad. Ambos á dos supieron que no mandaban un ejército, mandaban un pueblo; que no ponían en aquel juego sus vanaglorias y sus lucros, ponían el ser de Francia, quien, derrotada en sus dos generales, muerta caía para siempre. Los prusianos ignoraban á una con quienes se las habían. Ellos, nacidos casi en los cuarteles; criados para la guerra; con verdaderas complexiones de soldados, sobrepuestas á su nativa indole; connaturalizados con una férrea disciplina;

burlábanse del ejército francés, improvisado, reunido en aluvión que acarrea lo útil y lo inútil, compuesto de sastres que tallarían en una pieza de paño cien levitas, pero no tallarían en un empeño de guerra cien hombres; y que dirigidos por abogados sin pleitos y médicos sin enfermos y publicistas sin lectores, correrían á la primera descarga con los talones en la cintura para contar á los clubs parisienses cómo habían peleado, en vez de haber corrido. Así mandaron disparar sus sesenta bocas de fuego, seguros de que á las primeras descargas se irían en tropel como liebres ojeadas y corridas. Mas no se fueron. Otras sesenta bocas de fuego francesas respondieron á las sesenta bocas de fuego alemanas. No veía el irruptor cuanto pasaba por los campos contrarios, el vapor de la niebla por tal mañana y la humareda de los cañones más tarde, interponían un telón, el cual no dejaba observar ningún real movimiento. Pero hubieran podido ver que los bisoños, los clubistas, los requisados como piezas de caza en las grandes ciudades para la guerra, los voluntarios enloquecidos por la revolución, aquellos maratistas chorreando aun la sangre de Septiembre, se mantenían bajo los fuegos del cañoneo con la imperturbable serenidad que hubieran podido mostrar un guardia blanco de Austria ó un soldado viejo de Prusia. Inútilmente hacían mucho blanco en nuestros soldados los soldados realistas; inútilmente disparaban, por la corta distancia entre los dos ejércitos, sus cañones á boca de jarro; inútilmente levantaban por los aires cajas de municiones que segaron en su explosión tantos franceses como las descargas; inútilmente mataron el caballo de Kellermann y tendieron al general en tierra; nada desconcertó aquel ejército patriota y republicano que sentía tanto gozo en morir como en vencer por la república y por la patria. Momentos de confusión hubo, momentos de angustias, momentos de incertidumbre; pero ni un solo momento de aquella desesperación que al retroceso y á la desbandada conduce. Kellermann volvió á montar en su caballo, y los muchachos le creyeron muerto redivivo, y tomaron sus caracoleos sobre nuevo bruto de refresco, cual un milagro, como los soldados de Constantino su lábaro, como los soldados españoles su apóstol Santiago. Momento decisivo éste. Los prusianos, encargando á su caballería proteger la maniobra, formaron tres columnas cerradas, y se fueron, pecho arriba, con acompasado movimiento matemático, que parecía incontrastable, camino de Valmy. Kellermann vió en esta hora sublime la hora decisiva, y con una rapidez fulminante ordenó á los suyos no respirar, aguardando el ataque con la bayoneta calada. Y cuando los enemigos descendían la cuesta y tomaban el repecho, desvanecida la niebla por lo avanzado del día y disipado el humo de la pólvora por su propia virtud, tras un fuego que había curtido á los reclutas y tras un silencio que había mostrado su disciplina, sonó un clamor, el cual parecía subir de las entrañas del suelo y bajar de los jirones del aire, un clamor que anunciaba el nacimiento de una personalidad social hasta entonces desconocida, y que será la gloria del género humano en lo porvenir y el ornamento de nuestro misérrimo planeta, el clamor de «¡viva la Nación!».

pues Francia fué antes un Estado, un Imperio, una Monarquía, pero Nación dotada de afectos y de pensamientos colectivos, Nación verdadera, soberana, libre, por sí, en sí, no lo fué sino en este día, en el día más creador y más glorioso de su revolución.

Parecía que los franceses no tiraban entonces, ni á tirar se disponían. Dando vivas á la Nación los que frente al enemigo se hallaban en Valmy, habían colocado sus gorras en las puntas de sus bayetas, de sus sables, de sus espadas, y nada veían y nada escuchaban, fuera de su propio grito y del entusiasmo que este grito delirante producía en el ejército, quien, indecisa la batalla, proclamó por adivinaciones geniales colectivas la victoria. Pero cualquier observador, colocado sobre los dos ejércitos, hubiera enseguida observado cómo los alemanes no podían adelantar un paso. Cumplían su consigna con matemático cumplimiento; marchaban al objeto que debían tomar, al Molino de Valmy, en carrera y evoluciones de parada; descendían por la cuesta y ascendían por el repecho sin vacilar; pero, á cada paso adelante caía una hilera de hombres malheridos ó muertos, como pueden caer las piedras en el muro de una fortaleza bombardeada. Verdad que reemplazaban los muertos de adelante con soldados de atrás por modo tan regular, que parecían hallarse todos ellos en una formación y no en un combate. Pero, al fin, la derrota es la derrota; y contra sus imposiciones fatales no hay ciencia ni hay fuerza que valgan. Los alemanes, cañoneados y fusilados con un graneadísimo fuego por Dumouriez, no podían dar un paso hacia Valmy, sin caer todos ellos antes en aquellos surcos empapados de su sangre caliente. La izquierda fué de un horrible modo diezmada; pues por su izquierda los cazaba la gente de Dumouriez. Hubo necesidad imprescindible de tocar á retirada en los alemanes. Y, al toque siniestro de esta retirada, se retiró la vieja táctica de Federico II; se retiró la vieja ciencia militar del Austria; se retiraron los viejos absolutismos austriaco y prusiano; se retiraron las tradiciones de los privilegios; se retiró la sombra del feudalismo; se retiró la servidumbre del terruño, ante un pueblo republicano en armas, victorioso y libre. Así, Brunswick, partidario de una política transigente con Francia, y no de una política conquistadora, después de haber cedido hasta el sacrificio de sus propias convicciones, firmando el manifiesto de la emigración y desoyendo los muchos tentadores halagos que le ofrecían á una el trono de Francia, se puso al habla con el Rey de Prusia, y le dijo cómo le había engañado la imbecil emigración, prometiéndole un pueblo francés fanático por la Monarquía, cuando topaban en aquella dolorosa experiencia con un pueblo francés fanático por la República. El Rey de Prusia estaba desesperado. Medio teólogo, aficionadísimo á las cuestiones dogmáticas y litúrgicas; empeñado en aliar el protestantismo luterano con el protestantismo calvinista, cuyas disidencias generaron innumerables crímenes en la guerra de los Treinta años; no pensaba que se hacía la revolución política en Francia porque tres siglos antes se había hecho la revolución religiosa en Alemania, y que á esta revolución, en primer término, se debía el destronamiento de los

Borgoñas en Holanda, el destronamiento de los Estuardos en Inglaterra, el destronamiento de los Borbones en Francia, y todos los demás destronamientos sucesivos que debían ver las futuras edades. Y, como no comprendía esta correlación misteriosa entre sus ideas dogmáticas y las ideas políticas francesas; menos comprendió aún esta metamorfosis de los descamisados en héroes. Magnetizados por las contradicciones entre los pensamientos de su cabeza y los espectáculos de la realidad, hincaba las espuelas en el vientre de su caballo para observar de cerca si parecían reales seres los franceses ó fantasmas fingidos por una fantasía febril en delirio. Nada: encontró la fe unida con el heroísmo; un arrojo sin freno junto á una perseverancia sin desmayos, el genio político sumado al genio militar en las muchedumbres; una sociedad nueva que nacía, un nuevo mundo que comenzaba entonces. A pesar de su indiferencia olímpica, el gran poeta Goethe, presente á la batalla, frío como el mármol de Paros en que tallaba sus figuras clásicas; más próximo por su pensamiento á las guerras helénicas de las democracias antiguas que á las guerras nacionales de la República francesa; después de haber analizado con la exactitud glacial de un fisiólogo los efectos del ruido de los cañones en fibras y músculos y nervios, y de haber trazado el prólogo inmortal de su *Fausto*, en que metía todo lo existente y todo lo posible menos la política, por no desagradar á los príncipes feudales, de quienes era obsequioso cortesano, tuvo que decir en aquella retirada increíble al duque de Weymar, su señor, ante aquella evidencia rendido su genio de poeta inmortal, ser tal día un día creador en el Génesis de la Humanidad y de la Tierra. Nadie lo sabe como aquellos libros que no han vuelto á las llamas; como aquellos relapsos que no han vuelto á la Inquisición; como aquellos descoyuntados que no han vuelto al potro; como aquellos siervos que no han vuelto al terruño; como aquellos esclavos que no han vuelto á la cadena; como aquellos Reyes que no han vuelto al despotismo. «¡Gloria, digamos, á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad en la tierra!»

Para encontrar la clave del enigma, la causa del triunfo democrático, hay que atender al estado de ánimo reinante sobre los dos generales de las sendas enemigas tropas, colocadas frente á frente, y en guerra, por los desfiladeros de las Argonas. El general prusiano soñaba con el trono de Francia: el general francés por su parte soñaba con un inmediato rompimiento allí mismo entre Austria y Prusia. Los prusianos se contentaban ya con que los franceses guardaran su trono constitucional; y los franceses se contentaban ya con que los prusianos le volvieran las espaldas al Austria. Dumouriez, más diplomático y embajador que general en jefe, holgábase con estas maniobras, las cuales llevaban á sus mientes el recuerdo lejano de sus alegres mocedades y el oficio primero de su tormentosa vida. Lo cierto es que detuvo y paralizó a Brunswick antes de Valmy, durante Valmy, después de Valmy, mucho más con su diplomacia que con su guerra. En cuanto el cañoneo cesó, declarándose la victoria por los franceses, innumerables mensajeros marcharon

de uno y otro campo á tratar con sus mutuos adversarios, como si las operaciones anteriores hubieran sido, más bien operaciones de formación y de revista muy aparatosas que de guerra y de combate verdaderos. A mayor abundamiento, ya fuera cosa real, ya fuera cosa fingida, Lombardo, secretario del generalísimo alemán, cayó en poder de los franceses y pudo ir al campo enemigo, donde se presentó con apariencias de prisionero, y con encargos reales de negociador. Los prusianos insistían á una en que no era posible trato alguno sin la previa libertad completa del Monarca y sin un previo restablecimiento de la monarquía constitucional; y los franceses á su vez aseguraban que nada podía intentarse ni hacerse de provecho, sino después de haber evacuado los irruptores el territorio nacional. Y para corroborar este pensar y este sentir suyo aducía Dumouriez la fuerza, con que contababa, más de cien mil hombres, y la necesidad en que se hallaría de combatir á los prusianos sin piedad, si los prusianos por su parte no abandonaban el territorio francés sin dilaciones ni tardanzas. Su presencia en el suelo sacratísimo de la patria sólo servía para comprometer más y más á los Monarcas, acelerando su perdición y su ruina. Brunswick oía con atención suma y corroboraba con su voto constante las afirmaciones del general francés. Evidentes los peligros de la familia real; manifiesta la violencia de los jacobinos; incontrastable la dictadura de los comuneros; hirviendo la sangre derramada en los degüellos de Septiembre; disciplinados los ejércitos de la libertad; vencida la coalición monárquica; desengañadísimos los emigrados; no había otro remedio para Prusia y su Rey que oír al general francés y abandonar un territorio donde las piedras mismas parecían levantarse, como corazones que latiesen, para expulsar aquella invasión maltrecha y marrada. El Rey de Prusia no compartía el sentir y pensar de su generalísimo, insistiendo con toda la fuerza de su poder y con todo el influjo de su autoridad, en que perdurara la guerra. Sustentaban esta resolución del Monarca prusiano, los atribuladísimos y tristes realistas franceses. Para éstos á pesar del golpe frustrado en Valmy, dar los primeros otro golpe en Francia los coligados, equivalía en realidad á darlo dos veces. Podían calcularse los resultados de una derrota frente á cualquier gobierno regular y ordenado, pero no podían calcularse frente á un gobierno tan indeterminado é incierto como el gobierno de la revolución. El método no valía contra el desconcierto. La previsión marraba y el cálculo contra lo imprevisto y lo incalculable. Así creían los emigrados necesario no abandonar aquel momento la partida y acometer por sus cuatro costados á Francia. Bisoños sus soldados; escasísimos sus batallones; la disciplina en litigio; la obediencia en descanso; aquel suelo sin base de sustentación para sus defensores; aquel aire cargado de tormentas, cuyos efluvios aniquilaban á los mismos que se creían por él vivificados; vivo el Rey, recientes los recuerdos y el culto de la monarquía; no gastadas las fuerzas reaccionarias que tantas muchedumbres pudieran suscitar, no degollados todos los realistas por las matanzas de Septiembre; podía la victoria quedar por aquel minuto indecisa, en tanto que se decidi-

ría ésta por Francia si le dejaban tiempo de organizar el espíritu revolucionario y de afirmar la revolución. Ciertamente que tras la victoria de Valmy todo el mundo se iba con los revolucionarios. Pero, en cuanto ganase dos ó tres batallas la coalición, todo el mundo se iría con los realistas. Presentóse Annibal en los Alpes y no se movió contra Roma ninguno de sus enemigos. Ganó la batalla de Trevia y los enemigos de Roma continuaron inertes. Ganó la batalla de Trasimeno y continuó la misma inercia. Pero, en cuanto penetró el africano vencedor en las entrañas de Italia y obtuvo la maravillosa victoria de Cannas, todos los sometidos al pueblo romano se levantaron en tropel contra Roma y ofrecieron su amistad á Cartago. Si los aliados reparaban el desastre de Valmy, arremetían á una con los desfiladeros de las Argonas y Paris, ante la capital conseguían presentarse victoriosos, los muros parisienses rendiríanse á su propio peso y la bandera blanca de los Borbones ondearía sobre las torres del Temple, libres y rescatados aquellos sus regios cautivos. El general francés no perdonaba medio de contrastar en los sendos ánimos del Monarca y del generalísimo prusianos aquellos consejos de la emigración, mostrando que, si daban un paso los invasores en las Argonas, moriría sobre la guillotina el Rey con toda su familia en Paris. Y al mismo tiempo que hablaba con el jefe de Prusia, dirigíase al gobierno revolucionario de Francia, y sin ocultarle ninguna de las negociaciones, presentábale todas como estrategias indispensables á su disposición particular y como estratagemas de un verdadero combate que sólo se había suspendido en apariencia. Y con efecto, mientras á fines de Septiembre, Dumouriez cada día se reforzaba más, contando con doce mil de á caballo y numerosos trenes de incomparable artillería, ofreciéndosele por todas partes recursos y alimentos; los aliados perecían poco á poco; atacados sus convoyes que no llegaban nunca; sin provisiones y ranchos sus tropas; sin forrajes sus caballos; las lluvias cada día más copiosas; los ánimos en Francia cada día más furiosos; imposibilitando todo esto un avance hacia el corazón de la tierra invadida, impedido por las innumerables tropas que allí se iban aglomerando, las cuales se hallaban en aptitud y coyuntura tan favorables que hacían morder el polvo á sus enemigos, infligiéndoles otra derrota, no reparable como la derrota de Valmy, no, definitiva, eterna, irreparable.

Dumouriez mostró en esta ocasión, como en tantas otras, un talento diplomático de primer orden. Desde que ganó la célebre operación de Valmy, hasta que los aliados se retiraron, no solamente desplegó cualidades militares de primer orden, también desplegó grandes cualidades políticas. En vano el gobierno francés, desconociendo su plan y sus proyectos, le aturdió con reclamaciones incesantes para que se acercase á Paris y defendiese la capital amenazada. En vano, por su parte, los demás generales á sus órdenes, los que podíamos llamar miembros de su estado mayor, le movían á que molestase con mayor empuje á los enemigos y les impeliese á pronta retirada. Seguro de si mismo Dumouriez, no hacía caso ni de unos ni de otros apremios. Parecía una verdadera demencia